

## LA ACTIVIDAD DIPLOMATICA ITALIANA

Se sabía que don Amintore Fanfani era hombre activo, emprendedor y bastante hábil dialéctico como para conciliar inconciliables. Su llegada a la dirección de los asuntos exteriores italianos llevó a presagiar un período de gran actividad para éstos. Efectivamente, las manifestaciones tendentes a afirmar la presencia italiana en el mundo se han multiplicado en unos meses. El señor Fanfani declaró en la Conferencia del Desarme, de Ginebra, que Italia estaba dispuesta a renunciar a todo armamento atómico e invitaba a las naciones que no están todavía provistas de armas nucleares a asumir los mismos compromisos. Su elección a la Presidencia de la Asamblea de la O. N. U. y el accidente que sufrió seguidamente, el cual le hizo presentar una dimisión que se rechazó, en nada ha perjudicado la actividad italiana. El Ministro se ha colocado al margen de tal actividad mientras dure su mandato internacional; pero el Presidente Giuseppe Saragat, que conserva de los tiempos en que regía los asuntos exteriores del Gobierno de Roma la afición a la diplomacia, ha asumido el relevo. Incluso con anterioridad a la retirada provisional del señor Fanfani, el señor Saragat había emprendido por Hispanoamérica un viaje de amistad que no dejó de recordar la jira que, con más pompa, hiciera el General De Gaulle, hace aproximadamente un año, por los mismos países. Luego se ha trasladado a Polonia, donde ha tomado contacto con los dirigentes comunistas de Varsovia—sólo pocas semanas después de sus entrevistas amistosas con los muy burgueses germanos de Bonn. De regreso el Presidente al Quirinal, don Aldo Moro ha ido a Belgrado para celebrar con Tito la vuelta a la amistad italo-yugoslava, lo cual, acaso, recordara a los viejos diplomáticos las conversaciones no menos amistosas del Conde Ciano y del Presidente Stoyadinovich. Todo ello, sin hablar de las maniobras realizadas por los representantes de la diplomacia y de la economía italiana, dirigida por el señor Colombo, a fin de conseguir para su país

ventajas decisivas con relación a sus competidores en el mercado de los agrios en el Mercado Común. Estos hechos evidencian que el tiempo de recogimiento que siguió a la guerra, está completamente pasado.

*El periplo americano del Presidente Saragat.*

Confiado en su población numerosa, en su cultura, en su técnica y en su desarrollo industrial, Italia entiende afirmar su presencia en el mundo y, naturalmente, sacar provecho de su trabajo. La expansión económica italiana requiere nuevas salidas. El mercado interior y los "Seis" representan mucho para los productores italianos; pero no lo absorben todo. Por ello, el señor Saragat, echando mano de su báculo de peregrino de la democracia pacífica, ha recorrido las rutas que llevan a Hispanoamérica y a Varsovia. América del Sur, donde numerosas colonias italianas y amplias capas de la población de origen italiano creaban un ambiente favorable al Presidente de la República, brindaba un terreno ideal. El señor Saragat ha llevado allí nuevo calor a viejas amistades, ha reanimado el patriotismo de los emigrados y descabellado a veces la sombra del fascismo. Es indudable que tuvo contactos interesantes con los dirigentes de la economía suramericana. Queda por ver si los industriales italianos sacarán de todo esto los grandes provechos con que se cuenta. Tales objetivos económicos no significan que todo el viaje del Presidente Saragat estuviera dominado por preocupaciones crematísticas. También la política tenía parte en él. Así lo declaró el propio señor Saragat de regreso a Roma.

Se dijo que el Presidente Saragat emprendió ese viaje con la cálida aprobación del Departamento de Estado norteamericano. Los estadistas de Washington, conocedores de su impopularidad en ciertos sectores suramericanos, habrían sugerido a sus amigos italianos que combatieran los prejuicios de que son víctimas, poniendo, de ser preciso, su autoridad en juego para defender el punto de vista occidental.

De hecho, como se señaló en París con una sonrisa un poco agria, cabía establecer un parangón entre el viaje del señor Saragat y el del General De Gaulle. Más allá del Ecuador, ¿no iba el Presidente italiano a representar a una Europa que acepta una colaboración no exenta de sumisión a los Estados Unidos y defender tesis opuestas a las del General De Gaulle? ¿No representaba, a la inversa del cesarismo del general francés, una especie de

democracia razonable, que exalta el parlamentarismo, la "justicia social" y la libertad?

En efecto, el estadista italiano expuso en sus discursos y en sus conversaciones con sus colegas de Brasilia, de Montevideo, de Buenos Aires, de Santiago, de Lima y de Caracas sus concepciones atlánticas y sus reservas frente al mundo comunista. Agradó seguramente al decir que América del Sur sería una gran potencia en el futuro y al expresar el deseo de que la América "Latina" se convirtiera en "partícipe" sin menguas en la alianza atlántica con los Estados Unidos y Europa.

Sin embargo, se necesitaría mucho optimismo para creer que su elocuencia hará cambiar de parecer a los estudiantes y a los sindicalistas antiyanquis, que constituyen el núcleo de la oposición a Washington—no más, por supuesto, que el viaje del General De Gaulle, el año pasado, cambiara finalmente gran cosa en Hispanoamérica.

No obstante, el celo atlántico de los estadistas de Roma no les hizo olvidar sus intereses nacionales. Se trataba de consolidar las posiciones morales y económicas de su país. La calurosa acogida dispensada al Presidente italiano les llevó a pensar que el primer objetivo se había logrado, y se ha considerado la creación de un Instituto Italo-Americano, que debe de inspirarse no poco en el instituto hispánico ya existente. La idea parece excelente. Sólo se desea que, al aplicarla, se mantenga en el plano cultural, sin despistarse por los barrizales de la propaganda política.

En el plano económico, Italia puede proporcionar a las naciones de Hispanoamérica créditos limitados y técnicos. En Lima, por ejemplo, se ha estudiado el envío de arquitectos italianos. En otros lugares, desde hace tiempo, vienen actuando ingenieros italianos. Y grandes empresas, como Fiat, tienen establecidas fábricas. Este ejemplo puede ser imitado. Pero no es fácil para las empresas europeas conquistar los cotos yanquis. Por ello, una vez apagadas las iluminaciones de las fiestas italo-americanas, hay que esperar el desarrollo de los acontecimientos para emitir juicios relativos a los resultados del periplo del señor Saragat.

### *El viaje a Polonia.*

En Europa, las iniciativas italianas tienen otro aire, aunque la búsqueda de mercados diste de estar ausente de ellas. No se trata ya de ir con la sonrisa en los labios a casa de viejos amigos o en medio de colonias de compa-

triotas. Hay que negociar con los comunistas eslavos, miembros del bloque rival de la alianza a la que los dirigentes italianos declaran subordinar toda su política. Don Aldo Moro, en su discurso de 13 de octubre en Montecitorio, contestó a los interpelantes del "partido socialista proletario" que la política italiana seguía incambiada respecto a la Alianza Atlántica, "la cual ha garantizado la paz en Europa durante veinte años y sobre la que se ha podido entablar el diálogo Este-Oeste". El Gobierno de Roma reconoce, en efecto, que "los bloques militares, dado el equilibrio de fuerzas que han logrado, representan la única garantía concreta para la paz". "Estamos orgullosos de nuestra libertad y de nuestra independencia—declaró el Presidente del Consejo—, pero no nos sustraemos a la ley de integración y de solidaridad que impera en nuestra época." Este es el motivo por el que hizo que la Cámara rechazara la propuesta comunista de que Italia ayudara a China a entrar en la O. N. U. y de que reiterara su intención de impedir que una delegación del Vietnam del Norte entrara en Italia (en tanto que, en tiempos, como se lo recordó Giancarlo Pajetta, autorizó una delegación china a asistir al Congreso del Partido Comunista italiano).

Este "atlantismo" no impide al Gobierno italiano buscar un acercamiento con aquellos Estados comunistas que, por su pasado o por su religión, resultan asequibles a los occidentales. Polonia, y más aun Yugoslavia, gozan de cierta autonomía en el seno del mundo comunista. Tito se emancipó desde hace tiempo. Los dirigentes polacos han adquirido desde la destalinización cierta autonomía, pero sin que se atrevan a romper con Moscú. Por tanto, cuando se trasladaba a Varsovia, el Presidente Saragat podía decir que trabajaba a favor de un fortalecimiento de la paz, por tratar de encontrar un terreno de entendimiento con el pueblo del bloque oriental más favorable a los occidentales. El General De Gaulle ya había recibido una misión polaca. Pero se piensa en Roma, que así trabajaba por cuenta de Francia y no por cuenta de la O. T. A. N. Los italianos proclaman que no sueñan con ir a su aire, como el Presidente francés. Van a hablar con los polacos, es decir, tantearlos, ver lo que piensan sus nuevos interlocutores sobre las grandes cuestiones mundiales y, entre otras, sobre el desarme nuclear.

Los italianos aconsejan que se desarme. Se comprometen a no fabricar armamentos nucleares si sus vecinos hacen otro tanto. Ahora bien; los polacos, que desempeñan en el bloque soviético un papel un poco comparable al de Italia al Oeste, ya propusieron con el Plan Rapacki que se creara una zona desnuclearizada en la Europa Central. Como quiera que tal zona comprende

a las dos Alemanias, se lograría el sueño de los soviets, que es mantener al Reich en un estado de perpetua impotencia. La maniobra, que no carece de habilidad, muestra qué lazos unen todavía a la Polonia de Gomulka con la U. R. S. S. Los polacos, que tienen serios motivos de temer un rearme alemán—desde los recuerdos de la ocupación alemana de su país hasta la anexión de hecho de Silesia—, le han insistido al Presidente italiano para que apoye su plan. El estadista italiano ha evitado comprometerse, amparándose en la existencia de la O. N. U. y de la Comisión de los Dieciocho en Ginebra. Corresponde a éstas, ha dicho, tomar iniciativas de tanta importancia. Ni el Presidente ni sus colaboradores quieren dárselas de guerrilleros en nombre de la independencia nacional. A lo sumo, tratan de encontrar, a través de conversaciones amistosas, soluciones posibles de los problemas actuales, que seguidamente pondrán a sus aliados.

Queda por ver si en estos sondeos los diplomáticos italianos no resultarán abocados a adoptar actitudes y aceptar propuestas bastante poco conformes con los intereses de algunas de sus aliadas, singularmente a los de la República Federal.

El Presidente Saragat manifestó deseos de hacer acto de presencia ante el muro de las víctimas de Auschwitz. Pronunció allí un grave discurso de humanismo liberal, en el que se percibían sin trabajo ecos del pensamiento de Benedetto Croce. Sostuvo que tales horrores fueron posibles por haber olvidado los hombres el ideal de libertad de la generación del *Risorgimento*. No obstante, se tomó la molestia de señalar que Auschwitz era fruto del racismo hitleriano y no obra del pueblo alemán, lo cual pudo servir de consuelo a sus aliados de Bonn. No impide que al ir a Auschwitz—pero no a Katyn, lo que hubiera sido inconcebible, es evidente, siendo huésped del Presidente Ochab y del señor Gomulka—, el Presidente italiano no infamaba sólo a los “nazi-fascistas”, como se decía en Italia en 1945, sino que llevaba agua al molino de los autores del Pacto de Varsovia, quienes se han aliado contra todo resurgir de Alemania, sea ésta nazi o no. Por otra parte, al no rechazar de entrada el Plan Rapacki, la diplomacia italiana va en contra de la política de Bonn, que aspira a disponer, en tal o cual forma, de las armas atómicas necesarias para la seguridad alemana. Los alemanes temen que los norteamericanos los abandonen en este terreno. Y los italianos adoptan con Varsovia una actitud de honestos agentes de comercio, detrás de la que se perfila el bloque oriental. De insinuar que se podría iniciar el desarme por la Europa Central y de atenderlos los norteamericanos, se cumplen todos los

temores alemanes. Hay motivos para que los señores Erhard y Schroeder estén intranquilos. Tanto más cuanto que si los alemanes tienen, desde 1915 y 1943, fundadas razones de poner en duda la fidelidad italiana a las alianzas, los italianos también las tienen para temer a un Alemania demasiado poderosa.

No hay que olvidar que gran parte del personal político italiano procede de la "resistencia" y que de los años de lucha que los opusieron a los fascistas de Mussolini y a los alemanes, les queda un firme recelo un tanto amalgamado de odio hacia sus antiguos enemigos, al mismo tiempo que vínculos con sus aliados de entonces, los comunistas. Los jefes de los pueblos primitivos mezclaban simbólicamente su sangre cuando concluían una alianza. Actualmente, todavía, el hecho de haber matado juntos a enemigos, crea vínculos que las intrigas políticas posteriores no siempre rompen. Por ello, la Alemania Federal, pese a sus ceremonias expiatorias, a sus interminables juicios contra criminales de guerra y a sus profesiones de fe democrática, no puede contar, en el fondo, con ninguno de sus aliados europeos, por temer cada uno de ellos su poderío.

Lo paradójico de la situación de Italia es que, al mismo tiempo, el nacionalismo francés, tal como lo encarna el gaullismo, la obliga a apoyarse en Alemania para defender el atlantismo, el europeísmo y el Mercado Común —en su forma actual— contra el temible demoledor del Elíseo. Es poco probable que Roma—no más que en tiempos de Mussolini—viera con buenos ojos que se iniciaba un diálogo demasiado amistoso entre Francia y Alemania, pues su éxito la hubiera colocado en tercera posición. Los quiriquíes del gallo francés, que tienen el don de poner nerviosos a los "hermanos latinos" de más allá de los Alpes, los empujan a acercarse a Alemania. Pero al mismo tiempo se desea en Roma que Francia no rompa todas las trabas. De ahí las contradicciones italianas con relación al Reich.

Por otra parte, de momento, la visita del señor Saragat a Polonia, al parecer, sólo es un sondeo. Los italianos comunicarán a sus aliados lo que les digan los estadistas polacos y lo que hayan podido entrever de sus intenciones. Es posible que ello dé lugar a desarrollos interesantes; pero no se puede asegurar.

*El apaciguamiento y los intereses.*

El viaje de don Aldo Moro parece estar menos cargado de posibilidades. Pone de manifiesto el serio relajamiento de la tensión que se ha producido entre Roma y Belgrado desde los años de la postguerra, en el transcurso de los cuales ambas capitales se enfrentaron por Trieste y Gorizia. Se ha dicho en Roma que, lo mismo que en Varsovia, los diplomáticos italianos iban a hacer sondeos para buscar en qué condiciones podría iniciarse el diálogo entre Occidente y Tito. Pero es dudoso que el dictador yugoslavo, que ha sacado ventajas bastante apreciables en cuanto inspirador del Tercer Mundo, renuncie a tal posición rentable y avance decididamente por el camino de los compromisos con Occidente.

El Presidente del Consejo italiano ha afirmado que no trataría de cuestiones territoriales. Tito y él se atienen a las fronteras fijadas por los vencedores y modificadas para Trieste. Pero se pueden lograr acuerdos relativos al problema de las lenguas, de las escuelas, etc. Con todo, preciso es que las concesiones a los yugoslavos no tengan repercusiones en el Alto Adigio, donde ciertos campeones del germanismo siguen depositando su confianza en el terrorismo. En la difícil lucha que éste sostiene contra la población italiana que se niega a dejarse colonizar por los latinos, el Gobierno de Roma se esfuerza en privar a los activistas de la ayuda austríaca. El profesor Aldo Moro ha tratado de conseguir del Canciller Erhard que el Gobierno de Viena se comporte como un buen vecino. Pero muchos austríacos, y sobre todo muchos tiroleeses, no se dejarán convencer fácilmente de tal obligación. El absceso tirolés, por tanto, puede durar todavía, sin perjudicar, sin embargo, el conjunto del cuerpo italiano. Ello sólo sería peligroso en el caso—bastante improbable por ahora—de un despertar del nacionalismo alemán.

Sin duda sea ésta una de las razones por las que la diplomacia italiana quisiera fortalecer la Europa democrática y el Mercado Común, en los que una Alemania satisfecha dejaría de ser peligrosa. Por desgracia, el camino hacia ese porvenir tranquilizador está actualmente cerrado por Francia. De ahí el malhumor de los órganos de la opinión pública italiana. Bien es verdad que los elementos oficiosos franceses pueden replicar a esto que la construcción de la Europa democrática no es siempre una postura mental desinteresada por parte de Italia. En las discusiones económicas de Bruselas, los representantes italianos han puesto de manifiesto su buen apetito. Se vió

CLAUDE MARTIN

en el debate sobre el precio de los agrrios, en el que los economistas de Roma querían preparar para el futuro una especie de monopolio para sus agricultores, a costa de los competidores y de los consumidores europeos. Pero los italianos no son los únicos miembros de la Europa democrática que, después de altisonantes palabras sobre la comunidad de los pueblos, vuelven al egoísmo sagrado cuando sus intereses están en juego.

CLAUDE MARTIN.